

Dr. D. Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso. *In Memoriam*

RIP

Prof. Dr. D. Fernando Olaguer-Feliú Alonso

Catedrático de Historia del Arte Medieval y miembro del Grupo de Investigación CAPIRE de la Universidad Complutense de Madrid



Sereno y elegante en el trato humano, profesional y preciso en la vida académica, laborioso y comprometido como profesor y como investigador, sensible y cálido en la vida privada. Estas fueron las grandes cualidades del Dr. Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso, con cuya muerte, el pasado 13 de abril de 2021, se pierde para la comunidad académica y para la Historia del Arte Medieval una de las personalidades más relevantes de los últimos 50 años.

El profesor Olaguer-Feliú nació en Madrid el 28 de septiembre de 1943 y, aunque inició estudios en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, siguiendo los pasos que le había marcado su padre, su vocación y sus inquietudes personales le condujeron muy pronto por un camino bien distinto: el de la Historia del Arte. Tras licenciarse en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, inició sus estudios de Doctorado, simultaneando la actividad profesional como oficial administrativo de secretaría en el Instituto Social de la Marina con la docencia, primero como ayudante de clases prácticas en el curso 1968-69, luego como profesor adjunto en el curso 1972-73 y como adjunto interino en el curso 1974-75. Precisamente fue en el año 1974 cuando defendió su tesis doctoral, dirigida por el profesor José María Azcárate Ristori, dedicada a La rejería toledana: obras rejerías en la Catedral de Toledo. Adjunto numerario en el curso 1979-80, fue profesor titular de la Universidad Complutense desde el curso 1982-83 y secretario de la Facultad de Geografía e Historia entre el 23 de diciembre de 1987 y el 17 de abril de 1990, integrado en el equipo del decano José Gonzalo Estébanez Álvarez. Catedrático de Universidad por

resolución del 20 de febrero de 2002, tomó posesión el 9 de marzo de 2002 de la Catedra Histórica de Arte Medieval, precisamente la que hubiera pertenecido a Jesús María Caamaño, a Don José María Azcárate, su maestro, a José Camón Aznar, a Manuel Gómez Moreno y a Don Elías Tormo. Su vocación de servicio a la Universidad le llevó a asumir, después de ser electo, la Dirección del Departamento de Historia del Arte I (Medieval), desde el 30 de octubre de 2000, reelecto en 2004, hasta el 30 de octubre de 2008. Jubilado en 2013, a lo largo de una vida de total entrega a la actividad docente e investigadora, conoció el nacimiento de la especialidad de Historia del Arte en la década de 1970 y el surgimiento del Departamento de Historia del Arte I (Medieval), el único que hubo en la universidad española con ese perfil. Ya jubilado percibió con extrañeza y perplejidad cómo la Universidad a la que tantos años había servido con una total entrega y profesionalidad, aprovechando la crisis económica y la recurrente excusa de la racionalización de recursos, extinguía la Catedra Histórica de Arte Medieval en 2014 y unificaba en 2017 en un solo departamento los antiguos departamentos de Historia del Arte I, II y III, respectivamente especializados en Medieval, Moderno y Contemporáneo, que hubieran nacido para atender la necesaria especialización metodológica y una creciente exigencia de profesionalización, supuestamente en consonancia con una universidad más competitiva e integrada en Europa.

Creía el profesor Olaguer-Feliú en la docencia, en la impartición de las asignaturas con sus programas completos o lo más completos posibles, en el trabajo diario y en la puntualidad, en una enseñanza riguro-

sa, metódica y sistemática en la que el docente debía transmitir a sus alumnos contenidos, procedimientos de trabajo y deontología profesional. Este compromiso con la enseñanza le llevó a impartir toda clase de asignaturas de Arte Antiguo y Medieval, tanto aquellas que podríamos denominar más generales, como aquellas que eran más especializadas, sin dejar nunca indiferentes a sus alumnos. Dan testimonio de ello los cientos de estudiantes que se formaron con él en Arte Griego, Arte Romano, Arte de la Alta Edad Media, Arte Bizantino, Arte Prerrománico en España, en los cursos de doctorado sobre trabajos de forja artística, que ahora ejercen la profesión de Historiador del Arte en los más variados puestos de trabajo.

Afirmaba, con agudeza y sutilidad, que el profesorado de universidad debía investigar buscando con esos trabajos mejorar la docencia que se ofertaba a los alumnos y hacer avanzar la disciplina con novedades que aportaran un verdadero conocimiento. Fue así como, junto a las monografías, capítulos de libro y artículos de su especialidad académica, los trabajos del hierro y la rejería arquitectónica (más de 50 trabajos publicados a lo largo de su vida en el *Summa Artis* (1999), en *Anales de Historia del Arte de la Universidad Complutense*, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, en *La Catedral Primada de Toledo Dieciocho siglos de Historia* (2010) y un largo etc.), vieron la luz impresa importantes libros, como su *Historia del Próximo Oriente* (1994), *Alejandro Magno y el Arte* (2000), *Pintura y mosaico romanos* (1989), *Arte Español hasta el año 1000* (1989), *Pintura Románica* (1989), *Arte Románico en España* (2003) y, en colaboración con Jesús Cantera, Ana Arias de Cossío y José Luis Sánchez Noriega, uno de los mejores manuales de Historia del Arte que se usan actualmente en bachillerato. Con la sutil ironía y sentido del humor del que siempre hizo gala decía que no es lo mismo escribir un artículo que un libro, no exige el mismo conocimiento, ni la misma capacidad para ordenar las ideas, ni la misma gestión del tiempo. Lo más sorprendente de cada uno de estos libros es, a mi juicio, la capacidad de síntesis de la información que tuvo el profesor Olaguer-Feliú y una poco frecuente habilidad natural para transmitir sus conocimientos ordenados y estructurados. A menudo sucede que, quienes usan estos libros, sin tener conocimientos previos, al terminar su lectura, tienen conocimiento, de forma global y completa, de lo en ellos contenido y son capaces de poner en valor la singularidad artística de cada periodo analizado.

El profesor Olaguer-Feliú mantuvo un compromiso personal y altruista con tres instituciones, con el cabildo de la Catedral de Toledo (no en vano las rejas de la sede primada fueron el eje central de algunos de sus reconocidos trabajos de investigación), con el Instituto de Estudios Madrileños (institución de la que era numerario y con la que mantuvo siempre una actitud proactiva en sus reuniones y publicaciones, con frutos tan interesantes como la monografía que dedicó a las pinturas del convento benedicti-

no de San Placido en la capital) y con el monasterio de El Paular de Rascafría (lugar de descanso donde tenía una segunda residencia y monjes benedictinos para quienes escribió en los últimos años de su vida tres monografías sobre su retablo mayor, su reja y su camarín). Fue el profesor Olaguer-Feliú numerario de la Cofradía Internacional de Investigadores de Toledo, Santo Cristo de la Oliva, con quienes salía en procesión el día del Corpus, socio fundador de la asociación de Amigos del Museo del Prado, de la asociación de Amigos del Paular... Decía el profesor Olaguer-Feliú que un historiador del arte con una buena deontología profesional debía tener un contacto directo con las obras de arte porque, cuando estás delante de ellas, percibes detalles que no se pueden advertir en una foto por buena que esta sea. De esa pasión por el contacto directo con el trabajo de campo y de la ambición por rescatar del anonimato la autoría y del desconocimiento de su existencia a un primer registro, nacieron las aportaciones del profesor Olaguer-Feliú al Catálogo monumental de la provincia de Guadalajara, coordinado por el profesor Azcárate, y al Inventario artístico de Madrid, coordinado por Virginia Tovar. Pensaba el profesor Olaguer-Feliú que la Universidad debe buscar un conocimiento verdaderamente completo del pasado, sin despreciar el arte rural o las obras alejadas de los grandes focos artísticos, de segunda o de tercera categoría. En el ambiente académico de la Universidad debían tener cabida los estudios de las obras de los grandes maestros junto a las de artistas más modestos y populares, esto es, deberíamos aspirar a un conocimiento lo más universal posible del pasado. El trabajo de campo, en áreas rurales, en clausuras, en colecciones privadas, siempre es un desafío que pone a prueba la capacidad y la formación de un historiador del arte. Esos valores de trabajo, minuciosidad y precisión, unidos, los supo inculcar en todos los que hicimos la tesis con el profesor Olaguer-Feliú: Eduardo Alonso Cereza, *El vidrio romano en los museos de Madrid*; Ana María Quiñones Costa, *La decoración vegetal en el Arte Español de la Alta Edad Media: su simbolismo*; María Teresa García Pardo, *El pintor Antonio Fuerte*, y quien suscribe el presente *In Memoriam, Historia y Arte en el Real Monasterio Cisterciense de Santa María de Piedra*, así como aquellos que, sin ser directamente sus tutorandos, recibían su ayuda y consejo.

El profesor Olaguer-Feliú decía que un defecto importante de nuestra actual forma de hacer ciencia es el poco interés que los profesores ponen en escribir manuales, absortos y ensimismados en sus temas particulares de investigación, siendo quizá la redacción de un manual uno de los grandes retos profesionales que no todos los docentes eran capaces de abordar. Esa es, sin duda, la verdadera transferencia del conocimiento a la sociedad, puesto que un intelectual es lo que publica y, a través de esa huella y del uso que se hace de tales publicaciones, se proyecta en el tiempo lo que sabemos y lo que pensamos. El pro-

profesor Olaguer-Feliú cuidó ambas cosas: la docencia y la investigación, entendidas como sólidos pilares de una carrera profesional heredera del buen hacer, la profesionalidad y el cuidado docente e investigador que le inculcó el profesor Azcárate, su maestro, de quien siempre hablaba con admiración y respeto. Trascendiendo la profesionalidad académica hacia lo humano, algunos de estos libros están dedicados a su esposa, a la que con cariño apodó Flamona, cuyo verdadero nombre es María Teresa Salazar Fanjul, con quien compartió una vida plena, y cuyo espíritu entusiasta e inquieto le acompañó como sólido respaldo a lo largo de toda su vida. Una vida familiar, íntima y cálida, rodeado por su hermana, Marisa, por sus sobrinos y por sus amigos, con quienes compartía el profesor Olaguer-Feliú su pensamiento agudo, su pragmatismo y su capacidad crítica sobre la realidad circundante, su gusto por el cine, el teatro, la música clásica, la novela histórica y policiaca...

Como siempre fue un lector infatigable, distinguía el profesor Olaguer-Feliú, con una claridad meridiana, lo inédito de las simples paráfrasis, y en ocasiones veía atónito como en congresos y en jornadas de investigación se daban por nuevas, teorías y argumentos que tenían un largo arraigo y que él tenía registrados en sus anotaciones. Frente al frenesí publicador actual, que considera que toda publicación que tenga más de 30 años está obsoleta, el profesor Olaguer-Feliú recomendaba a todos sus alumnos y tutorandos leer con cuidado a los viejos maestros, porque, aunque haya cosas en ellos que se

han superado (malo sería que en 30 años no se haya dicho algo nuevo), muchas otras siguen plenamente vigentes y se corre el riesgo, si no se leen atentamente, de dar por nuevas cosas que llevan dichas mucho tiempo. Resuenan en la cabeza de quienes hicimos la tesis doctoral con el profesor Olaguer-Feliú dos mensajes destinados a no perder el rumbo en el complejo camino que es redactar una tesis: “Forzosamente hay que especializarse, pero hay que tener una visión global y de conjunto de toda la historia del Arte”, y su contundente expresión: “¿Por qué? Estás seguro de ello”.

Hoy estarás, profesor Olaguer-Feliú, en la pradera celeste del salmo 23, gozando quizá de la música que interpretan los seres angélicos de la corte celeste, o entre los occidentales tras haber hecho el viaje astral navegando por el firmamento hasta el resplandeciente Ra, o en el locus amoenus de los Campos Elíseos, deleitándote con los frutos de la granada entre los predilectos de los dioses, o en el Valhalla en un banquete eterno con Odín y las valquirias, o acaso en todos ellos a la vez, porque de algún modo vives entre nosotros a través de lo que nos enseñaste y de lo que escribiste a lo largo de una vida fecunda y plena. Admiración y respeto al maestro, al hombre, al sabio... Gracias por transmitirnos conocimientos, valores y ética del trabajo.

Herbert González Zympla

hgonzale@ucm.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8578-3272>